

Nº 12
ADOLFO H. PÉREZ OLAVE

LA

CRUZADA LIBERTADORA

Y

La Alianza con el Imperio del Brasil



Conferencia dada el 16 de Julio de 1900

EN EL

CLUB COLORADO "RIVERA"



MONTEVIDEO

Tipografía y Encuadernación «Al Libro Inglés» calle Treinta y Tres, 61

1900

R. 12
ADOLFO H. PÉREZ OLAVE

LA

CRUZADA LIBERTADORA

Y
La Alianza con el Imperio del Brasil

Conferencia dada el 16 de Julio de 1900

EN EL

CLUB COLORADO "RIVERA"

81.493



BIBLIOTECA

NACIONAL

DONACION MELIAN LAFINUR

52.843

MONTEVIDEO

Tipografía y Encuadernación «Al Libro Inglés» calle Treinta y Tres, 61
1900

LA CRUZADA LIBERTADORA

Y
LA ALIANZA CON EL IMPERIO DEL BRASIL

Conferencia dada el 16 de Julio de 1900

EN EL CLUB COLORADO «RIVERA»

El criterio histórico

Señor Presidente.

Señores:

Al ocupar la tribuna del Club, que ostenta por lema el nombre glorioso del vencedor en Guayabos y Misiones, para desarrollar ante vosotros el tema de mi conferencia, mi primer palabra es consagrar un recuerdo á los caídos en la jornada libertadora del 63-65, y enviar un saludo entusiasta y cariñoso á los viejos veteranos, cuya vida pasáronla en los vivac de los combates, arrullados por las dianas alegres de esos triunfos legendarios que forman el patrimonio hermoso, la tradición brillante del gran Partido Colorado.

Si la historia lleva en su seno la explicación del presente y la enseñanza del porvenir; si de ese proceso eterno tan lleno á veces de claridades, pero

también de abismos, cuyas sombras no siempre es fácil disipar, hemos de sacar las consecuencias de causa á efecto, que nos permitirá el estudio de los sucesos como un lógico resultado de otros hechos, es á condición de que la historia no se adultere, de que su narración no sea el producto de un cerebro apasionado ó de un interés estrecho y egoista.

Y es eso, precisamente, lo que sucede respecto á nuestro pasado político, que aun no ha sido estudiado de una manera racional, y que las conveniencias partidarias de nuestros adversarios lo falsifica en su favor, explotando, en ciertos casos, hábilmente el sentimiento nacional.

No ha sido la meditación tranquila, ni la observación razonada de un criterio imparcial ante el archivo narrativo del pasado, lo que ha presidido el estudio de esos sucesos políticos, sino que, poseídos de una egoísta miopía histórica, ó bien estudiándolos á través de la lente poderosa de la fantasía, nos presentan el cuadro sombrío de la ruina nacional, la perdida de territorios á condición de alianzas inmorales, en fin, la relajación completa del patriotismo y de la moral cívica.

Y esas ideas, propaladas por medio de la propaganda partidaria y de la prensa, adornadas con las galas insinuantes de un lenguaje patrioterico, pueden llegar á extraviar el criterio de las multitudes, siempre dispuestas á marearse en la cálida atmósfera del patrioterismo.

No hay que olvidar « que la prensa diaria, como alguien lo ha dicho, es el rápsoda de cuyos labios trémulos de ira ó de entusiasmo, aprenden las generaciones presentes la historia del pasado, en forma de leyenda ó de diatriba, contribuyendo á formar

el archivo, donde el historiador irá á buscar un día la verdad de sus narraciones y el criterio de sus juicios. Hay, pues, en el esclarecimiento de la verdad histórica un interés permanente, superior á la influencia variable que esas discusiones puedan ejercer en los intereses transitorios del momento. »

Los servicios del Partido Colorado La política fusionista

Pero, señores, no es sólo en el campo del partido adverso donde dominan ideas erróneas respecto á la actuación de nuestra colectividad política en los sucesos del año 1864-65 y de la alianza del general Flores con el Imperio del Brasil, sino que la mistificación histórica ha hecho víctimas, en las filas de nuestro propio partido, y no son pocos los que creen que, el precio de esa alianza fué la pérdida de tierras nacionales y la enagenación *ad-perpetuam* del derecho de navegar en la laguna Merín y el Yaguarón.

Es eso lo que nos induce á ocupar esta tribuna; es porque creemos que hay conveniencias en destruir los errores históricos que con mucha habilidad han logrado introducir en nuestra comunidad política escritores adversarios, y aunque ya, voces mucho más autorizadas que la mía, se han dejado oír en otras ocasiones para desvanecer esas leyendas de un falso patriotismo, es necesario hacerlo en todo tiempo, porque también en todo tiempo surgen voces airadas que acusan de malos orientales á los soldados de la cruzada de 1863.

Y hay que repetir esas argumentaciones; hay que demostrar hasta la evidencia que los colorados nada tienen en su pasado de que avergonzarse para renegar de su existencia y de su historia. Hay que responder á esos que, á cada momento, se llaman y se creen guardadores y fiel custodios del sacro sentimiento de la patria y de las virtudes republicanas, que la herencia del Partido Colorado es todo un pasado glorioso de luchas por las instituciones nacionales y las libertades públicas. Responderles que el general Rivera, venciendo en Guayabos, nos dió la primera emancipación tan ambicionada por el gran Artigas; que el héroe del Rincón, triunfando de los brasileros y conquistando las Misiones, trajo por consecuencia la paz del año 28 que consagró definitivamente nuestra independencia; que aquí en Montevideo, muros gloriosos de una nueva Troya, salváronse las libertades del Plata y la integridad soberana de la patria amenazada por los vándalos rosistas acaudillados por Oribe; que el martirologio coronó á los paladines de la causa popular y de los fueros ciudadanos en el Paso de Quinteros; que en Caseros y en los esteros paraguayos luchó por la libertad de pueblos hermanos, oprimidos por el bárbaro despotismo de un Rosas y un Solano López; por último, señores, decirles que el Partido Colorado « late donde quiera que haya necesidad de trozar las cadenas del oprimido y yazgan en Calvario ignominioso la libertad y la justicia! »

Sin embargo, se pretende que callemos en nombre de una fraternidad mal entendida.

No toquéis el pasado! se nos dice, *no toquéis el pasado* se nos repite, en holocausto á una polí-

tica fusionista que se cree es la salvadora de nuestros destinos nacionales, pretendiendo olvidar que ella ha sido funesta en todo tiempo para el país y sobremanera infiusta para nuestro partido político.

Con esa fórmula mágica de *no toquéis el pasado*, ha dicho un distinguido publicista, se ha pretendido en todo tiempo disolver y amalgamar los partidos tradicionales. — Esa fué la panacea con que la fusión de 1855 pretendió curar los males de la guerra de nueve años. A la sombra de esa bandera quiso Pereira hacer caber á todos los orientales, y todos cupieron, en efecto, pero unos en el Poder y otros en el cementerio!

Las causas de la Cruzada

La revolución de 1863 no fué una de esas explosiones súbitas de las iras de un caudillo, ni la obra del descontento de políticos bullangueros. Ella nació á impulsos de necesidades imperiosas, nació debido á aquellas causas que ponen el sello justiciero á una revolución.

Desconocidos y violados los más elementales principios de *gobierno propio*; heredero, sin beneficio de inventario, de una administración manchada con el crimen, el señor Berro no fué más que un continuador, aun más empecinado, de la obra de don Gabriel Pereira.

Pero no es necesario, señores, que nosotros somos los acusadores del gobierno blanco de 1860-64. Tampoco es preciso que del seno de nuestro partido surjan los encargados de hacer su proceso histórico, pues para demostrar todo lo funesta que ha sido su

Y hay que repetir esas argumentaciones; hay que demostrar hasta la evidencia que los colorados nada tienen en su pasado de que avergonzarse para renegar de su existencia y de su historia. Hay que responder á esos que, á cada momento, se llaman y se creen guardadores y fiel custodios del sacro sentimiento de la patria y de las virtudes republicanas, que la herencia del Partido Colorado es todo un pasado glorioso de luchas por las instituciones nacionales y las libertades públicas. Responderles que el general Rivera, venciendo en Guayabos, nos dió la primera emancipación tan ambicionada por el gran Artigas; que el héroe del Rincón, triunfando de los brasileros y conquistando las Misiones, trajo por consecuencia la paz del año 28 que consagró definitivamente nuestra independencia; que aquí en Montevideo, muros gloriosos de una nueva Troya, salváronse las libertades del Plata y la integridad soberana de la patria amenazada por los vándalos rosistas acauillados por Oribe; que el martirologio coronó á los paladines de la causa popular y de los fueros ciudadanos en el Paso de Quinteros; que en Caseros y en los esteros paraguayos luchó por la libertad de pueblos hermanos, oprimidos por el bárbaro despotismo de un Rosas y un Solano López; por último, señores, decirles que el Partido Colorado « late donde quiera que haya necesidad de trozar las cadenas del oprimido y yazgan en Calvario ignominioso la libertad y la justicia! »

Sin embargo, se pretende que callemos en nombre de una fraternidad mal entendida.

No toquéis el pasado! se nos dice, *no toquéis el pasado* se nos repite, en holocausto á una polí-

tica fusionista que se cree es la salvadora de nuestros destinos nacionales, pretendiendo olvidar que ella ha sido funesta en todo tiempo para el país y sobremanera infiusta para nuestro partido político.

Con esa fórmula mágica de *no toquéis el pasado*, ha dicho un distinguido publicista, se ha pretendido en todo tiempo disolver y amalgamar los partidos tradicionales.—Esa fué la panacea con que la fusión de 1855 pretendió curar los males de la guerra de nueve años. A la sombra de esa bandera quiso Percira hacer caber á todos los orientales, y todos cupieron, en efecto, pero unos en el Poder y otros en el cementerio!

Las causas de la Cruzada

La revolución de 1863 no fué una de esas explosiones súbitas de las iras de un caudillo, ni la obra del descontento de políticos bullangueros. Ella nació á impulsos de necesidades imperiosas, nació debido á aquellas causas que ponen el sello justiciero á una revolución.

Desconocidos y violados los más elementales principios de *gobierno propio*; heredero, sin beneficio de inventario, de una administración manchada con el crimen, el señor Berro no fué más que un continuador, aun más empecinado, de la obra de don Gabriel Pereira.

Pero no es necesario, señores, que nosotros somos los acusadores del gobierno blanco de 1860-64. Tampoco es preciso que del seno de nuestro partido surjan los encargados de hacer su proceso histórico, pues para demostrar todo lo funesta que ha sido su

administración, basta y sobra con ver como lo han juzgado miembros de la mayor significación del partido adverso y correligionarios de ese gobernante, que en todo tiempo se nos quiere mostrar como ejemplo de moral administrativa y de política conciliadora.

El doctor Ambrosio Velazco, que se enorgullecía llamándose hombre del Cerrito, en carta dirigida á don Francisco Acha, dice, entre otras cosas, estos párrafos que transcribo... « Por lo demás Vd. con especialidad, sabe bien que no gusto ocultar mis opiniones y que así como la aspiración de don Bernardo P. Berro al gobierno, dije que sería funesto gobernante, así también tuve la franqueza de demostrar los desaciertos del gobernante y combatir *la política personal y mezquina que ha puesto al país en la situación en que se encuentra* y esto sin acordarme de la venganza personal que después ha tenido la bajeza de cometer... »

« Largada esta careta, queda un bribón que fué la opinión que formé de él, desde que lo vi prostituirse en el Cerrito, y pretender después cargar con la responsabilidad á otros, como lo ha hecho con la confiscación de bienes, etc... »

Esto decía don Ambrosio Velazco, Juez de Comercio de Oribe, durante el sitio de Montevideo.

El 31 de Enero de 1864, pocos meses después de producida la revolución, los señores Jaime Estrázulas y Juan Pablo Caravia, senadores desterrados por Berro, daban un manifiesto al país que es una pintura magistral de la faz moral y política de ese gobierno.

Basta la lectura de algunos de los párrafos de ese manifiesto, al cual se adhirieron los señores

Carlos Joanicó, Juan José Brid, Juan José Ruíz y Vicente Vázquez, todos miembros del Cuerpo Legislativo, para demostrar de una manera clara, evidente y terminante que el gobierno del señor Berro se había puesto fuera de la ley al cometer atentados escandalosos contra la soberanía nacional, al violar los sagrados derechos del ciudadano y al producir con su política *mezquina* y *personal* ese sentimiento de intolerancia política, como lo dijo el entonces Presidente de la República Argentina, el ilustre general Mitre, que envenena con sus rencores el aire de la patria, y niega el agua y el fuego al hermano disidente.

No se dirá, pues, que es la pasión política, ni los arrebatos juveniles, ni la insana odiosidad de un exagerado partidismo lo que nos hace hablar, sino que es la condenación de un gobierno, hecha por boca de ciudadanos de importancia máxima, tanto social como política, dentro de la colectividad partidaria á que pertenecía el señor Berro.

El manifiesto Estrázulas-Caravia

Hablan los señores Estrázulas y Caravia:

« El Presidente Berro, extraviado por sus pasiones que cubría con un manto hipócrita de moralidad y honradez; los que se llaman sus ministros y todos aquellos que lo excitán y aplauden porque tienen interés en explotar el Poder, sea para tener una posición que de otro modo no tendrían, sea para hacerse de una fortuna, acaban de colocarse fuera de la ley, son rebeldes, y merecen ser perseguidos y castigados como criminales.

La historia habrá de consagrar algún día el fallo tremendo de las poblaciones todas de la República que lo condenan como el hombre funesto, que agobiado por el genio del mal, ha decapitado al Partido Blanco...

« El derecho, pues, de hacer resistencia armada y el hecho de verificarlo contra todas las tiranías, contra todas las usurpaciones de Poder, está consignado por la Constitución misma de la República, es el ejercicio de la Soberanía Nacional, de la soberanía primitiva que las naciones conservan siempre, que jamás trasmiten á ninguna autoridad, ni delegan en ellas...

« A él estaba reservada la trágica y negra misión de dividir y anarquizar el partido de los defensores de las leyes, y hacerlo de la manera más irritante en aras de su ambición personal y de la de su familia, en aras también de sus odios y venganzas personales contra los miembros del H. Senado, que llenando el mandato popular, dando prueba de un valor cívico poco común, y en resguardo de los principios constitucionales y de las ideas republicanas, derrumbaron dentro del parlamento y desbarataron los hipócritas y solapados trabajos con que á la sombra de las instituciones trataba de consumarse el crimen, llevando á la presidencia del Senado á uno de los parientes inmediatos del Presidente Berro, perpetuando así el poder en familia, haciendo de la República Oriental su patrimonio... » (1)

Esta parte del manifiesto, que he transcripto, es más que suficiente, señores, para que la histo-

(1) Antonio Diaz, tomo 10, pág. 44. Hist. de las R. del P.

ria, consagre contra don Bernardo Berro, *el rebelde, el perjuro y sacrílego*, como le llaman los señores Estrázulas y Caravia, el fallo tremendo que lo condena como el hombre *funesto agobiado por el genio del mal*.

Si esto hacía con sus propios correligionarios, si Berro *decapitó* al Partido Blanco, que no haría entonces con el Partido Colorado, que de verdad quiso decapitar su antecesor Pereira en el Paso de Quinteros?

Continúa el proceso

Los hechos, más elocuentes y veraces que las palabras, nos responden.

Destierros arbitrarios, sin forma de proceso ni sentencia legal, de ciudadanos cuyo delito era el defender las libertades públicas. Clausura de imprentas cuya falta consistía en editar diarios que clamaban por la reorganización del Partido Colorado á fin de luchar con ventaja en los comicios, ó por censurar actos del gobierno, como sucedió con *El Siglo* en Agosto de 1863.

La imposición á todos los ciudadanos de usar divisa por un gobierno que no permitía *se levantarán banderas de los antiguos partidos.* (1)

El prohibir que un grupo de colorados hiciera funerales en memoria de los sacrificados en Quinteros, y llevar su ensañamiento hasta hacer prender á los firmantes de una nota, entre los cuales se contaba al gran ciudadano don Joaquin Suarez,

(1) Decreto del 3 de Agosto de 1863.

y por la que se remitían los fondos recolectados á fin de distribuirlos entre los huérfanos y viudas de las víctimas; dar de baja del ejército á militares que también la habían firmado, son hechos que, agregados á lo dicho por los señores Estráuzulas y Caravia, es bastante para formar el criterio histórico que condena severamente al gobierno de don Bernardo Berro y justifica plenamente la revolución de 1863. (1)

La Administración gubernativa que se inició el 1.^º de Marzo de 1860, todo lo pudo y sin embargo nada hizo por desligarse de un pasado bochornoso, muy por el contrario, prefirió ser, como he dicho, su heredero forzoso sin beneficio de inventario... y si en Coquimbo no hubiese sido la victoria aliada de la justicia, sabe Dios sino hubiérase repetido, otra vez más entre nosotros, la cruel leyenda fraticida de Caín.

Siguiendo, pues, el gobierno de Berro la tradición de don Gabriel Antonio Pereira, la base de su poder, como ha dicho un distinguido é ilustrado ciudadano, eran desde entonces la traición, la violencia, el crimen, y es ley providencial que violentamente y en la sangre se disuelve lo que con sangre y violentamente ha sido edificado.

Qué camino seguir entonces?

El derecho de revolución

Entre la abstención que enerva y la lucha electoral que es una transacción inmoral, decía el

(1) Véase, Díaz, Hist. de las R. del P., tomo 10.

doctor Juan Carlos Gómez, hay el medio de la revolución que nos salva y que se prepara en el laboratorio de los sucesos inevitables.

Y la revolución, suprema razón de los pueblos, se impuso y se produjo entonces como medida salvadora para las instituciones nacionales.

El 19 de Abril de 1863, día desde entonces doblemente glorioso para nosotros, cuatro orientales no menos valientes y heróicos que los cruzados del año 25, saludaban desde la playa del Rincón de Haedo á la patria por quien iban á luchar y lanzaban el toque del clarín de guerra que había de repercutir no mucho tiempo después, con vibraciones de victoria en los campos de Coquimbo y las Cañas, de Vera y de las Piedras.

El general Venancio Flores al invadir el país el 63 no venía persiguiendo miras egoistas de ambiciones personales, ni condujo las huestes libertadoras buscando para su partido político las primacías del poder.

El Partido Colorado no mendigó nunca con la sangre de sus afiliados posiciones oficiales y cuando ha apelado al medio extremo de la revolución, ha sido en demanda de los fueros ciudadanos, de la soberanía popular, de la magestad de la ley ultrajada y violentada, ha sido obedeciendo á los principios inmutables de la verdad y de la justicia!

El general Flores, y con él su partido político, no fué revolucionario mientras creyó y pudo esperar poder luchar en el terreno de las ideas, concurriendo á organizar el partido por medio de la propaganda á fin de disputar el triunfo en las urnas populares. Pero el fracaso de la misión Castellanos, las persecuciones de que eran objeto los

ciudadanos y los órganos de la prensa colorada, disiparon la última esperanza y entonces el hada negra de la guerra civil golpeó en los hogares orientales para vestirlos de luto, debido á la terquedad del gobernante y á la ceguera de un partido que en su soberbia olvidó que en los campos de Quinteros había fecundado la semilla de la libertad con sangre de mártires !

El general Flores y la paz

Aun en medio de su ejército triunfante, coronado por el ángel de la victoria con los laureles de Coquimbo y de las Cañas, tuvo don Venancio Flores frases de paz, é hizo llegar la voz del patriotismo á oídos del gobierno de Montevideo.

En carta dirigida al señor Berro, con fecha Septiembre de 1863, después de explicarle el objeto y la causa de su misiva, le dice: « V. E. no debe ignorar tampoco, que en las conferencias que tuve con el señor Castellanos, le propuse que si yo era un obstáculo á la paz y al orden de mi país, se exonerase á mi persona, haciéndose absoluta prescindencia de ella, con tal que se ampliase la amnistia deseada...

Nada pedía entonces para mí, que me considero menos que el último de mis soldados; solo pedí para mis amigos proscriptos y despreciados. La situación ha cambiado, de paso hoy podría exigir algo para mí, pero ahora como entonces, nada pido, nada exijo.

« Quiero únicamente patria para mis hijos, pero con honor, sin que tenga que venir á mendigar

el patrimonio que á precio de tantos sacrificios les hé comprado. Quiero abiertas las puertas del país para mis correligionarios, pero abiertas de par, no como mendigos que vienen á pordiosar una limosna, que está sino en el deber, en posesión de negar ó conceder el avaro.

« Bien lo vé V. E., Exmo. señor, cuatro meses de lucha infatigable y tenaz: sin recursos, sin medios en un principio, calumniados é injuriados siempre, siempre provocados por nuestros enemigos, cuatro meses digo, han sido bastantes para concluir con el poder moral de 12.000 soldados que defienden la causa de V. E. que parece haber vivido engañado hasta hoy mismo, que no han querido confesar la verdadera cifra de mis soldados elevada hoy á más de 3.000 hombres moralizados y decididos.

« Esa era la obra de cuatro meses; calcule V. E. hasta donde podemos llegar, si dejamos seguir adelante el tiempo en la misma actitud que tenemos. »—Y concluía el valeroso caudillo con estas palabras ennobecedoras: « El objeto de mi carta, no es otro que el de corresponder á los deseos expresados por las personas á que he hecho referencia al principio.

« Puede por consiguiente V. E. vivir en la persuasión de que estoy pronto á ofr cualquier proposición de arreglo que venga directamente de V. E. sin perjuicio de llevar adelante mis operaciones militares. »

La contestación á tan patrióticas palabras no fué otra que la exigencia de un *sometimiento completo*.

Las negociaciones de paz llevadas á cabo en Junio de 1864, bajo los auspicios de los ministros de la Argentina, Brasil y la Inglaterra, señores Eli-zalde, Saraiva y Thornton, evidencia, una vez más,

la grandeza de la causa libertadora y los motivos que impulsaron á aquellos bravos cuando confiaron sus destinos al azar de la revolución.

Lo que buscaban los cruzados

En ese tratado de paz no se solicitaron bancas representativas ni jefaturas departamentales, ni cientos de miles de pesos para formar á mansalva un tesoro de guerra; en ese tratado se pedía *plenitud de los derechos políticos y civiles cualesquiera que hayan sido sus opiniones anteriores*, porque, señores, digamoslo bien alto, los soldados de la Cruzada Libertadora pedían, con las puntas de sus lanzas, derechos y soberanía para todos, y no acomodamientos fáciles en el poder para algunos.

Pero donde de un modo brillante se pone de manifiesto el fin que perseguía la revolución del 63, y el desprendimiento patriótico de su jefe, es en la segunda tentativa de paz, producida por el señor Ministro Residente de Italia don Ulises Barbolani, al poco tiempo de fracasada la primera.

El general Flores propuso lo siguiente: « Base única: Separación absoluta del señor don Atanasio Aguirre y del general Flores del puesto que respectivamente ocupan dejando al país en la completa libertad de elegir un gobierno provvisorio hasta el 1.^º de Marzo de 1865, por medio del voto directo, haciéndose arbitro en la lucha la mayoría del pueblo, ante cuya deliberación se someterán los partidos beligerantes.

« *El general Flores se compromete por su parte á alejarse del país y á vivir en el extranjero tan*

luego como quede realizado este acto de pura soberanía popular bajo la garantía de los Representantes de los Gobiernos de S. M. el Rey de Italia, de S. M. el Emperador de los Franceses y de S. M. Católica. »

Qué menos podía pedir una revolución triunfante, que dominaba casi toda la campaña, y que más podía exigir el gobierno de Aguirre, sucesor espúrio y agonizante del gobernante Berro?

Apesar de eso, el gobierno de Montevideo en circular pasada á los jefes militares dando cuenta de la ruptura de los negociados de paz, tachaba de exageradas las pretensiones de la revolución. Es que para las miras absorventes del gobierno Blanco, era pedir mucho el solicitar vivir en su patria al amparo de la ley y en el goce de sus derechos.

Justificada la causa revolucionaria de 1863 y evidenciado los móviles justicieros y patrióticos que ella perseguía, hagamonos cargo antes de entrar al estudio de la alianza del general Flores con el Imperio del Brasil, de algunas rectificaciones necesarias al esclarecimiento histórico, respecto á las vinculaciones que él tenía con las cancillerías argentina y brasilera en el momento de invadir y el modo como se produjo su invasión.

La protección argentina

Contaba la revolución con la protección material de la República Argentina? Al invadir, poseía Flores la seguridad, siquiera una remota esperanza de tener como aliado á las fuerzas brasileras?

En cuanto á lo primero, si es cierto que la revolución tenía la protección moral del gobierno ar-

gentino, no es menos cierto también que nunca quiso el general Mitre comprometer la neutralidad de su país, á pesar de sus manifestaciones privadas en pró de la idea revolucionaria. No hay un hecho concreto que lo denuncie ni existe un solo acto por su parte que lo compruebe.

Se dice sin embargo que en las filas revolucionarias existían armas con el escudo argentino y que muchas balas encontradas en los campos de batalla eran fabricadas en el Parque de Buenos Aires. Esto no significa que fueran auxilios bélicos facilitados por el gobierno de la República Argentina, sino que teniendo en cuenta la situación en que entonces se encontraba la provincia de Buenos Aires y la guerra que había sostenido con el gobierno nacional de la Confederación, se explica perfectamente el origen de ellos.

El pueblo de Buenos Aires al sostener como hemos dicho, una guerra, y no estando aún del todo consolidada la paz, se mantenía una gran parte de él armado, de modo pues, que tenía en sus manos una cantidad de armamento que llevaba por consiguiente el escudo nacional argentino.

Ahora bien, ese pueblo no pudo olvidar que el general Flores había combatido en sus filas y que había puesto al servicio de su causa, todos sus entusiasmos de soldado y su indiscutible prestigio de hombre de guerra; en consecuencia, nada más natural y lógico, que al lanzarse á las playas de su patria en demanda de libertad, encontrara eco simpático en ese pueblo por quien luchó, y que éste le ofreciera parte de las armas de que era poseedor.

De ahí salieron esas armas: del seno de las filas

populares y nunca de los arsenales oficiales de la República Argentina.

Pero el hecho que palpablemente demuestra que don Venancio Flores al desembarcar no lo hizo con los soldados de la Confederación, es su memorable pasaje al frente solo de tres hombres. Ciertamente, señores, que si él hubiese tenido la protección del gobierno argentino, bien podría haber pasado con los regimientos victoriosos de Pavón, y no hubiera tenido á sus órdenes en Coquimbo un ejército en número menor á los 300 de Leonidas!

De ese pretendido auxilio del gobierno del señor Mitre á la causa libertadora, espíritus que se las echan de despreocupados ante nuestro pasado histórico, han querido ver contrabalanceado en el fiel de la balanza de la historia el lote de errores que á cada partido pertenece en sus largas luchas, con la invasión de Oribe en 1843.

Flores y Oribe

El general Flores no invadió el país como Manuel Oribe con un ejército extranjero.

Flores estuvo muchos días sin llegar á tener bajo sus inmediatas órdenes á 100 soldados y Oribe pasó al frente de 14 mil rosistas, cuya misión había sido el incendio, el degüello y la destrucción en las campañas y ciudades argentinas, en nombre de la Santa Federación y del Restaurador de las leyes.

El general Flores encabezaba sus partes de guerra y proclamas con un ¡viva la patria! Oribe con el mote de Rosas, ¡viva la Confederación Argentina! Mueran los salvajes unitarios!

Flores al invadir pudo ofrecer á su país en pró de sus miras patrióticas los laureles de Pavón, mientras que Oribe lo horrorizó con la perspectiva de las sangrientas escenas de Quebrachito y de Arroyo Grande.

La protección brasilera

No más verdadera es la versión que da al general Flores como aliado del Brasil antes de invadir, que la que lo supone auxiliado por el gobierno del general Mitre.

Es preciso un desconocimiento absoluto del rol de la política brasilera en los sucesos que se desarrollaron desde 1851 á 1864, para creer que don Venancio Flores en su empresa revolucionaria pudiese contar, no ya con los soldados, sino con las simpatías del gobierno imperial.

Si hubiera dispuesto de ese apoyo, ¿habríase lanzado á campaña con solo un puñado de hombres?

¿Hubiera dado batallas en proporciones numéricas enormemente inferiores, exponiéndose á raíz del desenlace de Quinteros á que la causa de la libertad pereciera en una nueva hecatombe? La respuesta no es difícil y fluye de los mismos hechos.

La alianza con el Brasil se produjo el 20 de Octubre de 1864, es decir, á los diez y siete meses de estallada la revolución; y ahora bien, señores, si el general Flores hubiera tenido la certeza de esa alianza, ¿por qué exponerse, en todo ese tiempo, de Abril de 1863 á Octubre de 1864, á las contingencias de una lucha con un enemigo superior en gente y recursos?

Lo que se comprende fácilmente, es que contando con ella, nada más lógico que retardar la invasión para marchar á la cabeza de las tropas brasileras á fin de obtener de un modo más rápido y con menos esfuerzos lo que se quería.

Pero eso no sucedió ni pudo suceder por dos razones poderosas; la una, porque á la fecha en que se inició la Cruzada Libertadora, el gobierno del Brasil era aliado del gobierno de Montevideo, á causa de los tratados de 1851, y la otra, la fundamental, la que con más fuerza brilla y se impone, es que nunca los hombres del Partido Colorado se hubieran puesto al frente de soldados extranjeros para sacar el poder de manos adversarias á costa de la dignidad de ciudadanos orientales!

Don Venancio Flores al lanzarse á la lucha solo contó con el denuedo de sus bravos soldados, las simpatías y el auxilio de su partido político y con su fe de creyente convencido en la santidad de su causa.

El Brasil y el Partido Blanco

Es creencia de muchos que el Brasil ha sido en toda época aliado del Partido Colorado en sus luchas contra el adversario tradicional.

Es otro gran error.

En los tratados de 1851, que dicho sea de paso, fueron las horcas caudinas que Manuel Oribe con su invasión de 1843 impuso al país, se estableció que el Brasil prestaría su apoyo al gobierno de Montevideo, durante cierto tiempo, en caso de commoción interior.

El gobierno blanco de don Juan Francisco Giró surgido por una de esas ironías del destino á raíz del memorable Pacto de Octubre, fué el primero en solicitar el auxilio del Imperio, cuando la revolución del 18 de Julio, haciendo uso de las cláusulas de ese tratado.

Los hombres de más significación del partido adverso, pidieron en Enero de 1854 la *intervención armada* del Imperio, al ministro de esa nación acreditado en Montevideo, por medio de un mensaje concebido en estos términos:

« Montevideo, Enero 30 de 1865.

Excmo. señor:

Nosotros los ciudadanos orientales que firmamos la representación anexa, declaramos que lo hacemos persuadidos de que la INTERVENCIÓN ARMADA á que ella alude, *es indispensable*, no solo *para darnos garantías sociales*, sino también *para ponernos en el pleno goce de nuestros derechos políticos*, de los cuales de *facto* nos hallamos privados porque, anarquizado el país, *sin garantía de género alguno*, NECESITAMOS DE LA INTERVENCIÓN ARMADA, á fin de que el Brasil, en cumplimiento de los tratados del 12 de Octubre de 1851, haga efectivos y duraderos LA PAZ, EL ORDEN Y EL IMPERIO DE LAS INSTITUCIONES. » (1)

(1) Entre otras muchas firmas sacamos los nombres de los señores Luis de Herrera, Enrique de Arrascaeta, Carlos Joanicó, Federico Nin Reyes, Pantaleón Pérez, Luis G. de la Torre, Eduardo de las Carreras, Antonio de las Carreras, Cristóbal Salvañach, Doroteo García, Avelino Larena, José Vasquez Sagastume, Lesmes Bastarriera, Juan J. Segundo, Carlos Lacalle, Pedro P. Olave, Benito Baena, Juan José de Herrera y Andrés Viana.

El gobierno de Pereira, á pesar de su arrogancia quijotesca que le hizo decir en su mensaje de apertura de las Cámaras en 1857 que no necesitaba el auxilio del Imperio y que renunciaba á los beneficios del mencionado tratado de 1851, imploraba más tarde, usando la mentira y la calumnia, el apoyo material del gobierno brasilero por medio de su ministro en la Corte, en notas pasadas al Vizconde de Maranguape, en las que se llamaban *sanguinarios y desalmados bandidos armados de puñales envenenados*, á César Díaz el héroe de Caseros, á Tajes el Bayardo de la legendaria Defensa, á Freire el de la cruzada del año 25, á Poyo, Caballero y demás compañeros de infarto, esforzados paladines de la causa popular!

Ese mismo gobierno obtuvo de Don Pedro II un empréstito de 110.000 pesos y su ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores don Antonio de las Carreras, pidió al señor de Amaral, Representante del Brasil, el envío de un buque de guerra á la Colonia y el establecimiento de un crucero que garantiera la costa oriental del posible desembarque de armas y pertrechos para la revolución (1).

Bien veis, señores, que el Partido Blanco mendigó la protección del Imperio; que sus hombres de más importancia pidieron la *intervención* del Brasil en nuestras contiendas políticas, y por consecuencia, que no pueden llamarnos, como lo han hecho, un partido abrasilerado.

La alianza del general Flores con el Imperio impuesta por altas miras políticas y también pa-

(1) Véase nota fecha Enero 20 de 1858.

trióticas, como lo demostraré más adelante, no entró ni pudo entrar en los cálculos del comité revolucionario de 1862 cuando pasó revista á lo que podía esperarse y conseguirse para la revolución.

El Partido Colorado no procuró la alianza con los brasileros, como el Partido Blanco fué á buscarla de los paraguayos.

Ella fué producida por la fuerza de los acontecimientos, sobrevino á causa de esa política que siempre ha caracterizado á nuestros adversarios, por lo intransigente, por la estrechez de miras y sobre todo por ese absolutismo que lo ha llevado hasta el crimen.

El Partido Blanco á pesar de haber sido en diversas ocasiones aliado del Brasil, como hemos visto, y llamádole su *buen y leal amigo*; en los casos que no necesitaba de su ayuda, se distinguía por su hostilidad al Imperio, manifestada en las dilaciones, demoras y cortapisas puestas por sus gobiernos á las múltiples reclamaciones del gobierno imperial, respecto de las tropelías cometidas contra las propiedades y vidas de súbditos brasileros á vista y paciencia y hasta con la complicidad de las propias autoridades.

Es que ese partido no pudo olvidar que el Brasil, aliándose al gobierno de la Defensa y al general Urquiza, trayendo en consecuencia la victoria de Caseros, había deshecho sus planes de triunfo, que creía seguro y cercano, forjados en la cumbre de ese Cerrito, que hubo de ser el patíbulo de nuestras libertades é independencia, si no lo impide el intrépido batallar de Rivera, la integérrima voluntad de Suarez, la energía insuperable de Mel-

chor Pacheco, el valor temerario de Garibaldi y la decisión espartana de esa falange de bravos, héroes de una nueva Iliada!

La misión Saraiva

Por su parte, el Brasil miró con desconfianza la política del partido, cuyas miras y tendencias pusiérönse de manifiesto con toda claridad en los sucesos criminosos de Quinteros.

El gabinete imperial obligado por las exigencias de la prensa y de la opinión pública brasilera, que pedían una acción enérgica cerca del gobierno oriental, que desantendía sus justas reclamaciones y hasta hacía mofa de ellas, vióse obligado como último recurso amistoso, á acreditar en el Plata una misión extraordinaria especialmente encargada de dar solución pacífica y en último caso violenta á las muchas reclamaciones brasileras.

Esa misión confiada al Consejero don José Antonio Saraiva, llamada por escritores adversos, misión de las represalias, fué en un principio una misión de paz, que la política inhabil del gobierno del señor Aguirre transformó en embajada de guerra.

Es un gran error el pensar que las reclamaciones imperiales formuladas en las notas de Mayo y Junio del 64 pasadas por Saraiva al gobierno oriental, carecían de justicia, cosa pretendida por nuestros adversarios para justificar su actitud en esa emergencia.

No, señores; si hemos de ser veraces, seamos primero justos, y reconozcamos que el Brasil tenía derecho á reclamar contra la violencia de las autoridades blancas y la complacencia del gobierno,

violencias que habian llegado al extremo de arrancar el escudo del vice consulado brasilero en Tacuarembó y pasearlo, llenándolo de insultos, por las calles del pueblo.

El gobierno de Aguirre—Sus errores

El gobierno de don Atanasio C. Aguirre obrando á causa de la inexperiencia de su jóven Ministro de R. E., deslumbrado por el brillo de las bayonetas y cañones paraguayos, nada hizo por la paz y si por la guerra, lanzando al país en una arriesgada aventura de la cual quien sabe si hubiéramos salido, más que con el territorio, con nuestra independencia ilesa.

Los móviles que impulsaron al gobierno en esas circunstancias, al desafiar el poder material del Imperio, fueron el creer que de ese modo sometía á Flores, desarmando la revolución ante la posibilidad de la guerra con el Brasil; y después, la opinión que tenía formada ese gobierno respecto del poder guerrero del Paraguay, creencia manifestada muchos años después, en una conversación, por el señor Juan J. de Herrera, Ministro de R. E. en aquella época, diciendo que ellos creían *que el Paraguay era una gran potencia*, y con cuyo país aliado, les sería fácil vencer á las fuerzas brasileras.

El gobierno de Montevideo desatendiendo las justas pretensiones de la corte imperial, provocó el rompimiento y la iniciación de represalias por parte del Brasil, colocando al país en una pendiente muy peligrosa, y sabe Dios donde nos llevaría, si el general Flores no se hubiera interpuesto como ele-

mento moderador entre la obscura política del go-~~b~~bierno del señor Aguirre y la actitud asumida por el Imperio.

El ultimátum de Saraiva

He dicho que la misión Saraiva fué en un principio de paz y no de guerra, y la prueba de ello la tenemos en los términos que usa en sus comunicaciones al gobierno; siendo de notar sobre todo estos párrafos de la nota *ultimátum*, que os voy á leer:

« El ilustrado gobierno de la República Argentina, venciendo noblemente la distancia que lo separaba del gobierno oriental, con quien había interrumpido sus relaciones diplomáticas, envió á esta capital un personaje de elevado carácter y superior mérito, el propio Ministro de Relaciones Exteriores, á fin de promover la paz anhelada por todos. »

« Y para señalar el carácter generoso de las diligencias hechas en ese sentido, bástame decir que no dudó prestarles su muy valioso concurso el noble caballero que en Buenos Aires representa con tanta dignidad el gobierno de S. M. B. »

« Los honrados ministros á que he aludido, señores Rufino de Elizalde y Eduardo Thornthon, conocedores de las intenciones y del fin de la misión especial del Brasil, procedieron de perfecto acuerdo conmigo; y todos, durante muchos días exponiendo á pruebas muy duras nuestra paciencia, juzgamos haber hecho á bien de la pacificación del Estado Oriental los esfuerzos posibles en el medio de las preocupaciones de partido al través de los intereses

amenazados y apesar de las injusticias de la propia prensa oficial.

« Esas tentativas, sin embargo de ser determinadas por sentimientos mal apreciados, es verdad pero de lo que seguramente nos desvanecemos, se malograron por motivos que están en el dominio público. La paz dependía de una condición fundamental consignada en la carta del señor general don Venancio Flores, que hoy V. E. conoce. Habiéndole recusado S. E. el señor Presidente de quien eso dependió frustrose la negociación.

« Mas el hecho de haberla promovido (la paz) justamente los representantes de los dos países limítrofes, cuyos gobiernos V. E. acusaba de complicidad con la revuelta, y de tramar la ruina del Estado Oriental prueba á toda luz, señor ministro, dos verdades que necesito señalar.

« La primera, que si las intenciones de los gobiernos de los dos pueblos vecinos no fuesen muy nobles y confesables, sus agentes no hubieran procurado con tanto empeño la paz, antes serían indiferentes al prolongamiento de la guerra civil y á la suerte que su resultado haya de reservar al gobierno oriental.

« La segunda, que si la guerra civil perturba la tranquilidad de la República, no ofende menos á los intereses de los países limítrofes, cuyas cuestiones pendientes solo pueden ser bien resueltas con el régimen normal creado por el restablecimiento del órden. »

Y sin duda alguna, señores, si el Brasil hubiera deseado la guerra desde un principio ¿permitiría á su enviado especial, despues de las notas de Mayo y Junio, formar parte de una comisión de pacifica-

ción? ¿Cómo el Imperio iba á trabajar por la concordia y unión de los orientales, teniendo miras hostiles, si lo más lógico hubiera sido fomentar la enarquía y no tratar de restablecer la paz? Acaso no se busca siempre debilitar y no fortalecer al enemigo?

La verdad de ello es tanta, que se ahorra el comentario, ante la elocuencia de los hechos.

El apoyo de Urquiza y del Paraguay

Pero el gobierno de Montevideo, engreído por las promesas de Urquiza y del gobierno Paraguayo, impelió al Brasil á la lucha, haciendo alarde de un fingido patriotismo con el cual quería encubrir sus miras ambiciosas y absorventes. Y digo alarde de un falso patriotismo porque el Partido Blanco que acusaba al general Flores de estar en connivencia con los gobiernos argentino y brasileros, había aceptado la protección de Urquiza dejando invadir al hermano de éste Waldino al frente de 500 correntinos y buscaba la alianza del despota paraguayo, de quien se llamaba aliado, como lo comprueba la carta dirigida por Aguirre á Leandro Gómez publicada en *La Razón* de Enero de 1882 por nuestro distinguido compatriota don Eduardo Flores, cuyos párrafos culminantes son estos:

« Los sucesos ocurridos en el Paraná, harán comprender la posición asumida por el gobierno paraguayo; y en su consecuencia en la que está colocado el gobierno uruguayo como **aliado de aquél**; así pues, si la marcha del gobierno era como lo es digna y elevada.... lo será siempre en adelante *bijo!*

en lo que concierne á su **hermana y aliada**
la República del Paraguay. »

La actitud de la Revolución — La alianza

¿Cuál era en tanto, la actitud de la Revolución ante el conflicto surjido entre el Brasil y la República?

El dilema que la fuerza de los acontecimientos impuso al general Flores era de una fuerza incontrastable; ó la revolución se sometía ante la guerra, ó permanecía á la expectativa en virtud de haber desconocido al gobierno del señor Aguirre.

En los dos casos la solución era fatal para la revolución. En uno, porque todas las conquistas alcanzadas por ella se transformaban en derrotas; en el otro, el orgullo y el sentimiento nacional se sentían ofendidos al contemplar soldados extranjeros que en actitud bélica pisaban el suelo de la patria.

Pero lo que la ceguera política del gobierno de Montevideo no pudo ver, lo comprendió claramente la hábil diplomacia del Imperio á la que convenía prevenir y no provocar conflictos; y declarando solemnemente que no venía hacia la República Oriental para atentar contra su autonomía é independencia, buscó la alianza con las fuerzas revolucionarias, confiando en lo justo de su causa y en el cumplimiento de sus deberes para obtener la justicia denegada por un gobierno, que lo era de nombre, y agonizaba estrangulado por el peso de sus faltas enrojecidas por la masacre de Quinteros.

Ante las declaraciones del Brasil, ratificadas en todos sus actos y procederes; penetrado el general Flores de la justicia de las reclamaciones imperiales

y que al satisfacerlas no se sentía rebajado el patriotismo ni empañaba el prestigio de la República como entidad soberana, aceptó la alianza con el Imperio del Brasil, pero en ella, oídlo bien, señores, la República Oriental no perdió un palmo de su territorio ni dejó un girón de su dignidad soberana!

No perdió un pedazo de tierra, porque los límites actuales de la República fueron consagrados definitivamente en el tratado de 1858 imperando el despotismo blanco de Gabriel Pereira. Y no dejó un girón de su dignidad soberana, porque jamás la bandera nacional en mano de los esforzados cruzados del 63, vió mitigado los fulgores de su sol por el brillo del auri-verde pabellón!

El gobierno del Brasil al declarar en sus documentos oficiales que no venía á combatir contra la nación uruguaya, que no era ni podía ser solidaria de los actos de un gobierno de partido á quien la mayoría del país negaba obediencia y combatía á mano armada, y la revolución al desautorizar los actos del gobierno de Aguirre, salvando la responsabilidad de la nación en aquella guerra, hicieron que el Partido Colorado no sintiera menoscabada la dignidad del país al aceptar á su lado las fuerzas imperiales.

La actitud del Imperio en 1864 no fué de intervención

Se comete otro gran error cuando se dice que la guerra de 1864-65 fué de intervención por parte del Brasil. No puede decirse tal cosa ante los principios jurídicos del Derecho Internacional Públco. Intervención, dicen los tratadistas, es la intromisión

sión de un Estado en los asuntos internos de otro Estado. Y eso no sucedió por parte del Imperio respecto á nuestro país en 1864.

Si el Brasil hubiera venido á intervenir en nuestras cuestiones internas, ha dicho un distinguido hombre público de nuestra comunidad política, declaramos rotundamente que la autonomía del país habría sido desconocida y que la guerra hubiera tenido carácter nacional.

Pero lo que no puede sostenerse seriamente ni decirse sin extravagancia es que la guerra del 64 fué de intervención. Ella no tuvo por causa el origen legal del gobierno de Aguirre, ni su marcha política; fué motivada por las ofensas que recibió ó pretendió haber recibido del gobierno del señor Aguirre, en el hecho de desatender sus reclamaciones diplomáticas.

El Brasil vino, pues, por interés propio, ajeno á nuestras cuestiones políticas.

Si así no hubiera sido, el gobierno argentino no hubiese visto impasible la invasión de los ejércitos brasileros, ni los ministros y jefes de escuadras extranjeras habrían aceptado el bloqueo de Montevideo hecho de acuerdo con las leyes de la guerra por el almirante de la escuadra imperial barón de Tamandaré.

Necesidad de la alianza

He dicho, que la alianza del general Flores con el imperio fué impuesta por altas miras patrióticas, y ello es cierto.

Obligado el Brasil á la guerra por la torpeza política de los hombres de Montevideo ¿qué no hu-

biera sido de nosotros en aquella época, vuelvo á repetir, si la revolución no se interpone como elemento moderador?

Séamos justos, repito, para ser veraces.

No se siente resentido nuestro orgullo patriótico cuando la verdad brilla con la intensa claridad de los principios axiomáticos.

Contemplemos el estado precario en que se hallaba la República, su situación calamitosa, su riqueza perdida, con un gobierno que repudiaba la inmensa mayoría del país, con una parte en la emigración y la otra en armas, y decidme, señores, si era posible apesar de todo nuestro valor, de todos nuestros entusiasmos y patriotismo vencer á un coloso como el Brasil, de riquezas poderosas y con un caudal de fuerzas enormes.

El general Flores y con él la causa revolucionaria así lo comprendieron y salvaron á la República de una guerra internacional, de la cual á buen seguro, mucho más que sus justas reclamaciones hubiera solicitado el Brasil de nosotros.

Don Tomás Villalba decía que él haciendo la paz en el 65, impidió que las fronteras del país retrocediesen hasta el Arapey; nosotros creemos que más bien que él fué la Cruzada Libertadora del general Flores lo que impidió ese retroceso de los límites de la patria.

El patriotismo de la Cruzada

Todos los que duden del patriotismo de las fuerzas revolucionarias del 63 y de la abnegación patriótica de su jefe, lean su correspondencia privada y oficial, en la que no se cansa de repetir, que

la integridad y la soberanía nacional están salvas; señalen los acusadores un solo hecho en que aparezca menguado el entusiasmo patriótico de las legiones libertadoras!

Nunca el general Flores permitió ni aún la sospecha de que el pabellón de la patria se sintiera rebajado ante el escudo imperial, porque siempre que la hubo, pidió explícitas y terminantes explicaciones. Los que sospechen del patriotismo del Partido Colorado en los sucesos del 65, no olviden que en los museos brasileros no se conservan escudos ni trofeos patrios, y que las banderas tomadas en Paysandú fueron restituídas en 1866 al ser reclamadas por el gobierno nacional declarando éste al pedirlas, « sin lo que las armas del ejército del general Flores se habrían dado vuelta para defenderlas! »

Si el patriotismo no hubiera alimentado los ideales revolucionarios, el general Flores no hubiese rechazado en 1867, cosa quizás ignorada por muchos, la navegación como concesión por parte del Brasil en la laguna Merín y Río Yaguaron con bandera nacional, vale decir la conquista de nuestros verdaderos límites, alegando que la República Oriental no lo quería como un acto de desprendimiento sinó como el hecho resultante de su derecho! (1)

Nada tenemos en la Cruzada Libertadora de que acusarnos ni nada nos hace cohibir nuestros entusiasmos.

Qué las banderas brasileras acompañaron á la bandera nacional? A eso respondamos que la República Argentina no vió palidecer el sol de Mayo ante

(1) Véase *La Idea*, Agosto de 1874.

las banderas unidas de Urquiza, del Brasil y del Uruguay cuando tremolaron victoriosos en los campos de Caseros, sinó por el contrario, ella festeja con cariño esa fecha memorable y tiene frases de recuerdo para los vencedores del bárbaro Nerón americano.

Pero aún puede alegarse que el precio de la alianza fué el tratado de Mayo de 1865, que trajo la guerra con el Paraguay. Es ésta la última trinchera que les queda á los que á todo trance quieren ver en la Cruzada un deshonor. Poco hablaremos de esto porque el punto es vasto y bien puede ser motivo de una nueva conferencia.

Antes de que el general Flores se aliare al Brasil, Solano López había declarado que consideraría *casus belli* el que el Imperio invadiera la República Oriental, en nombre de un pretendido equilibrio americano, con que quería el déspota del Paraguay, encubrir su ambición de llevar la guerra á los brasileros. De hecho, pues, efectuada la alianza de Flores y el Brasil estaba declarada la guerra con el Paraguay. Y tal es así, que sin mediar expresa notificación de la ruptura de relaciones, un ejército paraguayo había entrado al Brasil saqueando é incendiando, y amenazaba invadir la República.

Conclusión

Colorados!

Aquellos que acusan á vuestro partido político de haber faltado á los deberes del patriotismo en la alianza con el Imperio del Brasil, decidles que la Cruzada salvó y afirmó la independencia de la patria.

Decidles tambien á los que acusan al Partido Colorado de haber triunfado mediante el oro y concesiones onerosas ofrecidas á los brasileros, que esa alianza no le costó al país un peso de sus arcas, pues la única deuda que tenemos con el Brasil data de 1851, ni la desintegración de una pulgada de su tierra.

Guerreros del Paraguay!

A los que os llaman soldados de una causa inoble ligados al carro de las ambiciones imperiales, contestadles que fuisteis como soldados de una República libre á llevar el oxígeno de nuestra libertad á un pueblo hermano narcotizado por la barbárie de Solano López. Que fuisteis á liberar no á esclavizar al Paraguay después de haber luchado por la justicia y el derecho en esta tierra, llevando grabadas en vuestras armas la divisa del polaco: *por nuestras libertades y por las vuestras!*

Decidles en fin, que en los museos de la patria no se conservan las reliquias guerreras de aquella famosa campaña, devueltas como un homenaje á la nación hermana, de que vuestrros esfuerzos valerosos fueron elevados y justicieros, quedándonos únicamente como trofeos de ella, el recuerdo del valor de los soldados orientales y como galardón las cicatrices de vuestras gloriosas heridas!

Señores:

Los poetas no han lanzado aún sus épicos cantos para celebrar las proezas de aquella homérica cruzada; aún el mármol y el bronce reclaman el ar-

tista que burilice el monumento de su Jefe. Pero se cuenta que los vientos cuando sacuden sus lijerias alas en los árboles del monte y en los pastos de la loma á semejanza de arpas eólicas, cantan con misterioso acento las hazañas de los héroes y ensalzan en himnos magestuosos la sublime heroicidad de los cruzados !

He terminado.

